

destinaron á recompensar á aquellos que habían servido bien la causa real: Juan Maillart y los suyos fueron los que obtuvieron la mejor parte; Pepino des Essarts entró en el Consejo; Juan de Dormans, que, como canciller de Normandía, había asistido al regente en los momentos más difíciles, recibió las tierras de Esteban Marcel en Brie. Los oficiales que habían sido destituidos fueron repuestos. En 28 de mayo de 1359, con el concurso y aprobación de los Estados generales que él convocó, el regente restituyó los honores, cargos y sueldos á los veintidós oficiales que habían sido perseguidos por los Estados de 1356 y de 1357. Pedro de Orge mont volvió á ser presidente del Parlamento. Los hermanos Braque, provistos de indultos completos, volvieron á emprender sus operaciones financieras. Juan Poilevilain se hizo rogar para aceptar el cargo de soberano maestro y gobernador general de las monedas. Del gran movimiento iniciado en 1355 parecía que no quedara nada. El fracaso miserable de dos conspiraciones parisienses descubiertas á fines de octubre de 1358 y en diciembre de 1359 probaron que todo estaba completamente terminado.

¿Por qué se perdió el grande y penoso esfuerzo de aquellos años? ¿Y cómo se explica que las faltas y las desgracias de la realeza no valieran al reino el establecimiento de las libertades públicas?

A pesar de las faltas y de las desgracias, el prestigio de la realeza continuaba siendo muy grande, y su fuerza ideal, superior á todo. El pueblo no había sufrido de ningún modo por el progreso del poder real; al contrario, había ganado más seguridad, más justicia y más libertad civil. Se había visto que dicho poder no había seguido á los nobles en su reacción de 1314 á 1317. El pueblo amaba á su rey, hasta al rey Juan, á quien estaba agradecido por haberse batido bien en Poitiers. Si la guerra había sido desastrosa, si el dinero había sido mal empleado, si tantas infamias y tantos crímenes se habían cometido, la culpa era de los malos consejeros; no había más que castigarlos y dar al rey otros que fueran buenos.

Además el ataque contra el poder real fué mal conducido y mal sostenido. No hubo verdadero acuerdo entre los órdenes en los Estados; los órdenes deliberaban separadamente. Es verdad que en octubre de 1356 obtuvieron el permiso de «hablar juntos,» y que para dirigir sus trabajos nombraron una comisión única, elegida entre el clero, la nobleza y el tercer estado; pero ninguna comunidad de sentimientos ni de intereses unía á los tres órdenes. Los Estados estipulaban cuidadosamente que ningún orden pudiera quedar obligado por la decisión de los demás; cada uno trabajaba para sí. Muy pronto toda la nobleza y casi todo el clero se retiraron de las asambleas. Por otra parte, la vida provincial era todavía muy intensa. Parecía que hubiera dos Francias: la del Norte y la del Mediodía, y en la Francia del Norte había provincias que pensaban antes que todo en ellas mismas, y trataban aparte, sin cuidarse de las demás. Los Estados generales intentaron ciertamente prohibir los Estados provinciales, pero no lo consiguieron. Ni aun las ciudades llegaron á unirse entre sí: apenas se encuentra en el movimiento á algunos burgueses de Ruán, de Abbeville, de Amiéns y de Sens al lado de los parisienses. La caperuza roja y azul

no fué aceptada más que por un pequeño número de municipios, como Amiéns y Laón. Finalmente, París, en la división y en la desbandada creciente de los Estados, no tuvo la autoridad de una capital política en un país que tenía entonces tantas capitales. Francia no era como la Inglaterra de aquel tiempo, pequeña, ordenada y homogénea; era vasta y diversa.

¿Qué ocurrió en resumidas cuentas? Repetidas veces el rey pidió dinero á los Estados, que se aprovecharon de ello para presentar peticiones y poner condiciones á sus subsidios; las peticiones el gobierno las transformó en ordenanzas. Se comprometió á reformar sus consejos, su administración, su justicia, su moneda; permitió á los Estados que se reunieran varias veces en un mismo año y que administraran ellos mismos los subsidios que votaban. Para nada abdicó, de una manera clara y definitiva, de la autoridad real: pero no se concertó ningún contrato duradero, ni se redactó ninguna carta ó estatuto solemne. Para dar á Francia una constitución política hubieran sido precisos hombres capaces de concebirla y una opinión capaz de exigirla y de mantenerla. Ni una ni otra de estas condiciones existían en el siglo XIV; faltaba, sobre todo, la segunda.

### CAPÍTULO III

#### EL TRATADO DE CALAIS (1)

I. Resistencia á los ingleses y á los navarros.—II. Paz con Inglaterra.—III. Vuelta del rey y ejecución del tratado.—IV. Las Compañías.—V. Los últimos días del rey Juan.

#### I.—Resistencia á los ingleses y á los navarros (2)

En el momento en que el delfín restablece su autoridad en París, el reino se encuentra más que nunca trabajado por la guerra inglesa, que continúa á pesar de la tregua de Burdeos, y por la «Navarrería,» como se llamó á la guerra que Carlos *el Malo* va en lo sucesivo á seguir abiertamente.

Los enemigos están en todas partes: «Y parecía, dice el cronista normando Pedro Cochón, que jugasen á parejas.» París está como sitiado por los ingleses y los navarros de Saint-Cloud, de Poisi, de Pontoise, de Creil, de Lagni y de Melún. Todas las grandes vías que conducen á la ciudad están cortadas, sobre todo las corrientes de agua por donde pasan las mercancías. Al Este, en las plazas fuertes de la Brie y de la Champaña, se encuentran ingleses, navarros, italianos, españoles y alemanes. Algunas bandas se pasean hasta los alrededores de Sainte-Menehould y de Chaumont y en los obispados de Verdún y de Langres. Unos ingleses, venidos de Bretaña bajo las órdenes de Roberto Knolles, después de haber pasado cerca de Orleáns, atravesaron la

(1) FUENTES.—Véanse las fuentes indicadas en la pág. 434. Además, Cosneau, *Les grands traités de la guerre de Cent Ans*, 1889. Varin, *Archives administratives de la ville de Reims*, III, 1848. *Thalamus Parrus*, «Société archéologique de Montpellier,» 1836.

(2) OBRAS DE CONSULTA.—Secousse, *Mémoires pour servir à l'histoire de Charles le Mauvais*, 1758. S. Luce, *La jeunesse de Bertrand du Guesclin*, 1876, y *La France pendant la guerre de Cent Ans*, 1890-1893. Chérest, *L'Archiprêtre*, 1879. Coville, *Les Etats de Normandie au XIV<sup>e</sup> siècle*, 1894. Denisse, *La guerre de Cent Ans et la désolation des églises*, 1899.

Puisaye, se detuvieron en Borgoña, saquearon Auxerre, exigiendo después un rescate, y finalmente se quedaron en las cercanías de dicha ciudad. Otras bandas explotan el Soissonnais, la Picardía y el Ponthieu; ocupan todo el país, desde Chaumont en Vexin, Creil y Clermont hasta Abbeville, Rue, el Crotoi y Montreuil; pero no tomaron Amiéns. Sin embargo, ningún país es más desgraciado que la Normandía: al Norte del ducado, los navarros desbordan de la Picardía; en el centro, Ruán está amenazado; el valle del Sena, de Mantes á Pont-de-l'Arche, los del Itón y de la Risle están en poder de los navarros. El país llano no es más que un mosaico de fortalezas reales, navarras, inglesas, especialmente en el Cotentin. Los ingleses son dueños de Calais y de sus alrededores; están como en su casa en una gran porción de la Bretaña; desde la batalla de Poitiers circulan libremente en Rouergue, en Querci, en Angoumois, en Saintonge, en Limousin, en Poitou, en Turena, en Berri y hasta en Auvernia. Las tres cuartas partes del reino son presa de las gentes de guerra.

A la cabeza de estas bandas están jefes como Roberto Knolles, un antiguo tejedor de origen alemán, armado caballero después del saqueo de Auxerre, que hace la guerra por su cuenta y se enriquece con ella; Eustaquio de Auberchicourt, caballero de Hainaut, «joven, enamorado y duramente emprendedor,» que «amaba muy lealmente por amor á una dama del más alto linaje de los cristianos, por lo que valía más en armas,» después el inglés James Pipe, el bretón Folco de Laval, el alemán Frank Hennequin, el lorenés Brocard de Fénétrange, Juan de Neuchâtel, el franco Condado, el galo Jaime Wyn, llamado «el Perseguidor de amor,» el gascón Bertucat de Albret, el español Garciot del Castel, etcétera.

Las gentes de armas que guarnecían las plazas fuertes por cuenta del delfín no eran casi menos temibles que los enemigos; á menudo era tan peligroso ser defendido como ser invadido.

Para libertar al reino, el regente no tenía armas ni dinero. En la primavera de 1358, los Estados de Champaña y luego los Estados de Compiègne se habían mostrado bastante generosos; pero los subsidios, que por lo demás fueron muy mal pagados, quedaron absorbidos por el sitio de París. Después de la caída de Marcel, la ciudad de París ofreció pagar diferentes tributos; pero este ejemplo no fué secundado. Los subsidios concedidos en Normandía no pudieron cobrarse á causa de la presencia de los enemigos y de la resistencia de los habitantes. En los Estados de mayo de 1359, en París, se trató de un nuevo subsidio general; nobles, clérigos y buenas ciudades demostraron la mejor voluntad; pero los países de Langüedoil eran tan miserables que lo recaudado fué insignificante. El Langüedoc había encontrado recursos; pero éstos habían de emplearse en el mismo país. El regente acudió entonces á las alteraciones de moneda: en diez y siete meses, desde el 17 de octubre de 1358 hasta el 27 de mayo de 1360, hubo veintidós variaciones: el valor de la libra toronesa, deducido de las especies de moneda, cayó hasta lo más bajo, á o francos 41; en la acuñación del marco de plata, el regente ganó hasta 46 libras. Pero la mayor parte de las veces este beneficio fué ilusorio, porque el precio del marco de plata subió desmesuradamente; lo

que se ganaba por un lado se perdía por el otro. De cualquier parte adonde volviera la mirada, el delfín no tenía casi nada que esperar.

Hasta el verano de 1359, á falta de operaciones de conjunto, que la carencia de dinero hacía imposibles, fué preciso limitarse á la defensa local. «Hubo muchas escaramuzas y pequeños encuentros por todo el reino de Francia. Se enviaron comisarios para visitar las fortalezas y hacer armar á los habitantes. Se invistió de poderes á tenientes y capitanes, para reunir en los lugares á los hombres de armas que pudiesen encontrar, celebrar asambleas locales, exigir el dinero indispensable, dirigir las hostilidades, según las necesidades de cada día. El regente se vió obligado algunas veces á tomar como tenientes á jefes de bandas, que valía más tener á su favor que en contra, pero que eran extraños servidores: así, por ejemplo, en el Nivernais y en el Berri, el llamado Arnaldo de Cervole, de Perigord, antiguo arcipreste de Velines, convertido en capitán de bandidos, que no prestó ningún servicio positivo, se rodeó de hombres de armas y de mercenarios reclutados entre los ingleses y los navarros, entró en Nevers como en plaza conquistada, hizo ejecutar á los principales habitantes y exigió rescate á los demás. Por fortuna el regente encontró mejores auxiliares, como Moutón de Blainville y el Baudrain de la Heuse en Normandía, el obispo de Troyes, en Champaña, y en los confines de Bretaña un simple jefe de partidarios, Bertrán du Guesclin, capitán de Pontorson.

Es admirable la actividad que éstos desplegaron. El delfín no tenía armas ni dinero; sin embargo, se combatió y se hizo frente al enemigo. Es que la defensa local fué la obra, no sólo de algunas compañías de hombres de armas, sino que también de todo el pueblo. En Champaña, «los de Troyes» ayudan á su obispo á derrotar á Eustaquio de Auberchicourt. «Los municipios de las buenas ciudades» toman parte en el sitio de Saint-Valeri, ocupado por los ingleses; acudió gente de Tournai, de Boulogne, de Arrás, de Hesdins, de Doullens, de Abbeville y de Amiéns. Algunos burgueses de Ruán, conducidos por el capitán de la villa, Jaime *el Gavillero*, fueron á reunirse con ellos. Se echan sobre los ingleses, á quienes una capitulación benigna ha dejado salir de la villa, y matan á trescientos. En el ataque de Longueville figuran, al lado de los nobles del país, los burgueses de Ruán, quienes forman «la más bella compañía que de más de cien años atrás haya salido de Ruán.» La campiña, en los alrededores de Caen, era inhabitable: fortalezas anglo-navarras rodeaban la ciudad: los habitantes pusieron en juego para libertarse una obstinación y una valentía admirables. Todo se hizo, como dice un cronista que bien pudo ser un testigo ocular (1), «por las gentes de armas que estaban al servicio del regente, y otras del país que no eran asalariadas, y muy valientemente se portaron los del país en aquel tiempo.» Los oficiales del rey en Caen, el comisario general de los subsidios, el capitán y el baile de Caen no tuvieron más que dirigir las buenas voluntades. El antiguo municipio tuvo entonces como una especie de renacimiento. Cuando se trató de tomar Creully á los ingleses, los hombres de armas de Caen y los

(1) *Chronique Normande*, edición Molinier, págs. XV y 122.